

El correspondiente de París
Reja autógrafa diaria y

Servicio de la prensa española

Redacci. y Edición
17 y 19 rue Montbauge
París.

Año V. - Núm: 650.

Paris 20 de Febrero de 1889.

La situación.

La crisis continúa, y estamos hoy en la misma idéntica situación en que nos encontrábamos hace cinco días. Es imposible decir cuánto se resiente el país de este estado de incertidumbre en que vive, y con cuanta fuerza manifiestan su regocijo los enemigos declarados y los enemigos solapados de la República, siempre al acecho para empujártela, a ella o a sus hombres. Del lado de su mayor desprecio. Después de haber intentado inutilmente preparar y conseguir su ruina.

Pero volvamos por un momento los ojos hacia la crisis. Todo el mundo está sorprendido - sin dejar de convenir en que las dificultades de la situación son grandes - de la lentitud que está demostrando M. Carnot en las soluciones. De nuevo tan importante y a la vez tan pernicioso como lo es siempre el del nombramiento de un gabinete. Y sin embargo, como hemos tratado de demostrar en correspondencia anterior, la solución no podía ser más indicada. - Contra todas las reglas del parlamentarismo, y hasta de la aritmética - por poco que se hubiese fijado en el resultado numérico de la votación quedó al final con el ministerio divisionario -, el presidente de la República ha intentado constituir un gabinete con el grupo que, a excepción de los boulangeros, se encuentra ser el menos numeroso de todos los grupos de la Cámara. Quedó quedos apóstoles y rencores oportunistas quedaron suficientemente disimulados, sino por la autoridad contestable, a lo menos por la repetitividad de ese pobre M. Melíne, presidente hasta cierto punto inverosímil de la Cámara.... Nuestros lectores han visto por nuestras cartas precedentes cómo M. Carnot se ha equivocado. Hasta en el mismo campo oportunitista la combinación Melíne-Rouvier ha en-

París 20 febrero 1889.

F. 2

contrario invencible resistencias y no pocas rengüeranzias; Co-
mo sería ella cuando ni los mismos a quién más directa-
mente tenía que aprovechar han querido apoyarla! Era,
en efecto, una solución híbrida que a nadie satisfacia y que
a muchos descontentaba, y como estaba condenada a nacer
muerta, sucumbió antes de nacer. El de profundis se lo can-
tó el presidente de la Cámara confesando simplemente al
jefe del Estado que se consideraba impotente para llevar
las cosas a feliz término siguiendo sus tentativas del lado
que M. Carnot mismo le había aconsejado.

Fracasados todos los proyectos intentados hasta
ahora; ¿qué es lo que va a hacer M. Carnot? Hé aquí lo
que todo el mundo se pregunta y lo que nadie segura-
mente sabrá contestarse de una manera concluyente y
satisfactoria en el momento en que escribimos.

Ahora, en vista de la poca habilidad y de la
extrema lentitud con que obra en este delicado y urgente asun-
to el presidente de la República, permítasenos que diga-
mos algo por nuestra exclusiva cuenta a guisa de conve-
nicio.

Jamás nos hemos hecho grandes ilusiones con
respecto a la personalidad de M. Carnot. Hay que convener
en que un hombre no llega a la categoría de genio porque
se le pase alrededor del cuello el gran cordón de la Legión de
Honor o porque, a fuerza de costumbre o de la enervada edi-
cación adquirida, entienda la manera de presidir con
exquisita corrección todas las solemnidades nacionales. Na-
die ignora, por otra parte, que M. Carnot no ha sido eleva-
do a la primera magistratura de la República a causa de
sus capacidades políticas. Su probidad immaculada le de-
signó indudablemente a la preferencia de los electores del
Congreso; pero no es tampoco ésta - que otros habían en la
Asamblea tan integros como M. Carnot para poder ser
igualmente elegidos - la que aseguró el éxito de su elección
presidencial, la cual fue debida a dos varones que nadie ha-
bía de negarlos: la primera, porque en elección impedía
la de M. Floquet, M. Ferry (éste sobre todo) o M. Freycinet;
la segunda, porque como M. Carnot carecía de
partidarios, su elección no podía ser considerada ni como
la victoria, ni como la derrota de ninguna de las fracciones
del partido republicano.

Particularmente, pues, estando muy bajo en su
prestigio, de que M. Carnot es de los menos queridos, posiblemente

París 2º febrero 1889.

F. 3.

De esta prioritidad (de resolución que solo es patrimonio de los verdaderos hombres (de Estado. — Pero lo que no podemos comprender, lo que hasta cierto punto no aceptamos a explicarnos, es que desde los primeros momentos de esta laboriosa crisis no le haya pensado en rodearse de la ilustración y de las luces, de aquellos hombres que, por su situación o por sus talentos, estaban en mejores condiciones que nadie para darle un útil consejo. Mr. Floquet, por ejemplo, ha sido durante varios años presidente de la Cámara, a la que por cierto presidió a maravilla. Despues ha sido, durante diez meses consecutivos, presidente del Consejo y ministro del interior. En todo este tiempo, relativamente hablo, ha sido constantemente sostenido por una mayoría que ha comprendido siempre la casi unanimidad del partido republicano. El día mismo en que un voto de sorpresa le ha precipitado del poder, todavía Mr. Floquet ha podido reunir a su favor un micles de 218 votos republicanos. ¿Por qué se espalca, pues, que Mr. Carnot no le haya llamado al presidente del Consejo divisionario para asesorarse con él acerca de las dificultades de la situación y de la mejor manera de resolver el conflicto? Y lo que decimos de Mr. Floquet lo decimos, con relación a Mr. Goblet, quien también ha sido presidente del Consejo y es, además, uno de los rares hombres políticos cuya autoridad no ha disminuido en un solo quilate por el ejercicio del poder. El mismo Mr. Grévy no ha sido llamado al Elíseo más que como una pantalla de esa política de rencores y campanillas que representa el oportunismo y que, por un resto de pudor, no se atreve a salir a la clara luz del día en estos momentos de responsabilidad y de verdadera peligro. Y en fin; ¡qué más! parece ya cosa indudable y que debe pasar a la historia, que Mr. Carnot no ha tomado seriamente consejo de nadie, desde los comienzos de la crisis, ... más que de Mr. Rovier y del general Brugère, secretario de la presidencia y hombre de reconocidas aficiones orleanistas este último, y el primero, el personaje más impopular - Despues de Mr. Ferry - que figura en el partido republicano y aquél a quien con más razón se diría imputarse la responsabilidad de muchos de los torques, que precedieron a la caída de Mr. Grévy de la presidencia de la República.

Todos estos hechos, que pertenecen ya al dominio público, producen en la gran masa de la opinión una impresión altamente desfavorable. Esperemos aun, y veamos si en el ultimo mo-

París 20 Febrero 1889.

F. 4.

mento Mr. Garrot acorta a comprender mejor los peligros de la situación que le rodea y si encuentra, al fin, la inspiración necesaria para resolver con decisión el delicado problema que el país y la República han puesto confiadamente entre sus manos.

La crisis en Hungría. — Según telegrafian hoy de Viena, creese en aquella capital que las declaraciones hechas ayer en la Cámara por Mr. Gulyás no han producido en los círculos oficiales el mejor efecto, y de día en día se arraiga la opinión de que el primer ministro se verá obligado a renunciar al poder, siquiera para que su presencia no sirva ya más de pretexto a nuevos y más violentos disturbios. — Las últimas noticias de Buda dicen que en Buda-Pest se está preparando una nueva grandiosa manifestación contra la ley militar para el próximo domingo.

A propósito de la sesión de ayer en la Cámara de diputados de Hungría, he aquí, en extracto lo que dicen los telegramas recibidos de la capital:

"En la sesión de hoy — dice el corresponsal del 'XIX siècle' — el condé Appony ha atacado duramente a Mr. Tisza, y ha concluido por decirle de una manera ruda que no tiene más remedio que presentar la dimisión.

Mr. Tisza — ha venido a decir en resumen Mr. Appony — ha comprometido su posición y la dignidad de la corona; el restablecimiento de un estado de cosas normal es completamente imposible mientras permanezca en el poder el primer ministro. Su prestigio está, de cualquier manera que se mire, absolutamente por el suelo.

Mr. Tisza ha contestado que desórdenes análogos a los de que se le quiere hacer responsable se han producido en otra parte que en Hungría, sin que nadie se le haya ocurrido que esos desórdenes podrían ser preludio de mayores desastres: en Roma, por ejemplo, donde el gobierno ha sido atacado porque no había tenido la prevision de prescribir las medidas necesarias para prevenir los disturbios. En ninguna parte, dice el ministro, se han tomado esas cosas en el mismo tono que en Pest. — Mr. Tisza reclama encarecidamente el reproche de blanquear con sus actos a la Demagogia. Dice, por último que la Constitución no se halla en modo alguno amenazada.

Última hora.

Sigue sin resolverse la crisis. Despiertan qd. Mr. Gulyás y luego qd. Garrot.